

El jueves pasado, un día muy ajetreado, vi al señor Webster, el fontanero, por primera vez en mucho tiempo. Su mujer tiene cáncer, y la última vez que nos vimos fue por casualidad en la ferretería. Cuando le pregunté por ella entonces, estaba consumido por el dolor y el pánico; me dijo con los ojos llenos de lágrimas: «Tenemos cuatro hijos, ¿sabe?», y pude sentir su desesperación. El jueves, cuando volví a preguntarle por ella, esbozó una leve sonrisa y me dijo que la quimioterapia la había ayudado un poco, pero el «mensaje» que me transmitió no hacía hincapié en su estado físico, sino en el simple hecho de que ambos habían decidido llevar a cabo todo los planes pendientes para «algún día», y justo regresaban de un viaje a Florida para visitar a los padres de ella. Vi a Webster resplandeciente. Siempre he creído —o, al menos, eso me parece— que debemos vivir como si estuviéramos muriendo, porque entonces las prioridades se vuelven muy claras. Ese hombre irradiaba puro amor. Cuánto ha crecido. ¡Cuánto ha aprendido desde aquel día de invierno, cuando nos encontramos en la ferretería! Luego alguien me contó que su mujer estaba muy involucrada en el hospicio de York, y esa labor le daba mucha fuerza.

El invierno pasado, cuando Webster estuvo en casa arreglando unas cosas, me pidió con timidez si podía pagarle con una copia firmada de *A Reckoning*.²⁵ Yo protesté diciendo que semejante trato no le salía muy a cuenta, pero él insistió en que con el libro ya era suficiente.

²⁵ May Sarton, *A Reckoning*, Norton, 1978.

En la misma línea de afortunados sucesos, Bob Johnson, el florista, me ha dejado una jardinera redonda con algunas plantas de primavera en la terraza (un jacinto, dos primulas amarillas y algunos lirios), esta vez con una nota contándome sus impresiones sobre *Recovering*. ¿Qué importan las críticas cuando un fontanero y un florista se conmueven así con mis libros y me lo agradecen con semejantes regalos?

A veces creo que soy la persona más afortunada del mundo, porque ¿qué podría anhelar de verdad un poeta sino ofrecer sus dones y descubrir que son aceptados? Las personas desfavorecidas lo son porque nunca han encontrado sus dones, o bien porque se encuentran con que sus verdaderos dones no son aceptados. Eso me ha sucedido más de una vez en una relación amorosa, y constituye mi definición del infierno.

Ayer por fin me sentí en equilibrio, y fue porque, al despertar en mitad de la noche y pensar en todo cuanto estaba por hacer, decidí no escribir el diario, sino concentrarme en unas pocas cartas que tenía en la cabeza desde hacía días. De algún modo, eso rompió la horrible tensión de las últimas tres semanas y, por primera vez en mucho tiempo, fui capaz de ponerme a escuchar un disco de Mozart. Por la tarde vino Nancy Hartley; estuvimos trabajando en el jardín y eso también me ayudó mucho.

MIÉRCOLES, 26 DE MAYO

El lunes tuve un día agotador. Kay Bonetti y su ayudante, un joven muy silencioso, vinieron hasta aquí pese a que llovía a cántaros —pobres, se quedaron con las ganas de dar un paseo para visitar el entorno— con el propósito de grabar algunos fragmentos de

*As We Are Now*²⁶ y *Diario de una soledad*²⁷ para la Biblioteca Sonora Americana. Llegaron media hora tarde y, a medida que pasaban los minutos, sentía la tensión crecer dentro de mí. Llegué a preguntarme si habrían tenido un accidente. No me atrevía a subir al estudio porque desde aquí no puedo ver el camino de acceso, y me pasé un rato dando vueltas de un lado a otro hasta que, al final, me puse a ver un programa de entrevistas en la televisión. Cuando llegaron, la espera me había chupado toda la energía inicial, de modo que tuve que hacer un enorme esfuerzo para llevar a cabo la lectura. Me dolió volver a *As We Are Now*. Por alguna razón, estuve muy pendiente de mi forma de hablar: de mi acento de Nueva Inglaterra, que podía sonar un poco esnob; de la dicción precisa, que ante el público funciona muy bien porque las palabras surgen con claridad pero ahí, sentada en el sillón de la biblioteca, sonaban muy cohibidas... Tras una hora aproximada de lectura, me entrevistaron durante una hora más. Bonetti vino bien preparada y me hizo preguntas muy convincentes, y mis respuestas no es que fueran estúpidas, pero tuve que hablar mucho de mí y de mis últimas obras cuando lo que más deseaba en ese momento era callar... ¡qué deseo más inapropiado en esas circunstancias! Al final, ya casi a las dos —había desayunado a las cinco—, los llevé al Spice of Life, el equivalente del restaurante de Alicia en York,²⁸ y tuve la suerte de que el menú del día ofreciera ensalada de cangrejo y aguacate. Mi whisky y el martini de Kay nos soltaron la lengua y estuvimos hablando mucho rato,

26 May Sarton, *As We Are Now*, Norton, 1973.

27 May Sarton, *Diario de una soledad*, traducción de Blanca Gago, Gallo Nero, 2021.

28 Referencia a la canción *Alice's Restaurant Massacre* (1967), de Arlo Guthrie, una satírica protesta contra la obligatoriedad del servicio militar en Estados Unidos y los prejuicios antihippies. También existe la película *Alice's Restaurant*, dirigida por Arthur Penn en 1969, inspirada en la canción y protagonizada por el propio Arlo Guthrie.

pero al llegar a casa a eso de las cuatro, me sentía tan cansada que no sabía qué hacer con mi cuerpo. No podía descansar ni salir al jardín por culpa de la lluvia. Estaba alterada porque, al entrar en casa, encontré una caja enorme de la granja White Flower en la puerta. En estos días de incesantes interrupciones he trabajado en el jardín hasta la extenuación, y esta otra enorme tarea de cultivo que se me viene encima me ha provocado una especie de pánico.

Ayer me desperté sobre las tres y decidí que la única opción posible era romper, por una vez, la rutina inexorable y salir al jardín después de desayunar. Quedó un día fresco, perfecto para plantar, con la tierra húmeda, preciosa y suave después de la lluvia, sin insectos a la vista. Es tan divertido poner plantas... Mucho menos exigente que sembrar. El parterre bajo la terraza está recién abierto, libre ahora que arrancamos los boneteros del muro de contención de abajo. Habían crecido hasta más de medio metro, de modo que las plantas estaban asfixiadas, no les daba el sol y resultaba imposible meterse a desbrozar ahí. Ahora tengo la oportunidad de convertir el rincón en un verdadero parterre inglés de plantas perennes, y estoy tan entusiasmada por la perspectiva que ya he hecho los pedidos —quizá demasiados— para poder llenarlo. Aun así, siempre surgen derrotas. Planté aguiléñas, lenguas de buey —de ese azul maravilloso—, erigerones azules, un aciano púrpura y muchas otras cosas, incluso asclepias en honor a Huldah, por lo mucho que le gustan.

Comí con Heidi, fui al dentista, descansé un rato con Tamas y luego retomé la plantación del jardín durante un par de horas y media. ¡Vaya día! Sin embargo, al final estaba feliz; cansada, sí, pero la fatiga era muy distinta al agotamiento nervioso del día anterior.